

El tercero es también un segundo

Ricardo Bernardi



Battlé. Leonardo da Vinci

RICARDO BERNARDI

Médico Psiquiatra
Doctor en Psicología
Profesor Emérito de la Facultad de Medicina Uruguay
Vice-Chair del Sub-comité de Investigación Teórica (IPA)
Psicoanalista (APU)
ric.e.bernardi@gmail.com
Uruguay



RESUMEN

La literatura psicoanalítica ha destacado el papel del padre como un tercero que juega un papel esencial en la diferenciación del niño y la madre. Este trabajo plantea que para que el tercero pueda actuar como tal debe en primer lugar constituir un segundo en relación de apego con el niño. La experiencia analítica sugiere también que es fundamental que el lugar del tercero surja en el interior de la relación entre dos. Esto se apoya en la tradición psicoanalítica rioplatense. Para Pichon-Rivière, M & W Baranger, y otros autores el campo analítico es bicorporal pero multipersonal. Berenstein y Puget señalan que la relación con el otro debe dar lugar a un espacio en el que el otro pueda ser reconocido en su aspecto de alteridad o de ajenidad. Ogden ha descrito al "tercero analítico" como una formación intersubjetiva que surge de la relación dialéctica única que se da entre dos subjetividades separadas. Estos conceptos llevan a pensar que la posibilidad de un espacio "tercero", que habilita el pensamiento, la simbolización y el reconocimiento del otro es mucho más que la intervención del padre separando la díada madre-hijo. Las experiencias del niño con sus padres se orientan en función de dos polos, por un lado las imagos paternas y las fantasías originarias internas y por otro la novedad y alteridad en la relación real. Entre ellos se desarrolla el interjuego entre las experiencias vividas que da origen a la singularidad de cada vida.

Palabras clave: parentalidad, relación padre-hijo, relación madre-hijo, desarrollo temprano

ABSTRACT

The psychoanalytic literature has highlighted the role of the father as a third who plays an essential role in the differentiation of the child and the mother. This paper proposes that for the third to be able to act as such, he must first constitute a second in an attachment relationship with the child. Analytic experience also suggests that it is essential that the place of the third arises within the relationship between two. This is supported by the uruguayan-argentinian psychoanalytical tradition. To Pichon-Rivière, M & W Baranger and other authors, the analytical field is bicorporal but multipersonal. Berenstein and Puget state that the relationship with the other should allow a space in which the other can be recognized in its aspect of otherness or alterity. Ogden has described the "analytic third" as an intersubjective formation which arises from the unique dialectical relationship that exists between two separate subjectivities. These concepts lead to think that the possibility of a "third" space, which enables thought, symbolization and the recognition of the other, is much more than the intervention of the father separating the mother-child dyad. The experiences of children with their parents are guided by two poles: on one hand, internal parental imagos and original fantasies and on the other, novelty and otherness in the real relationship. Between these, the interplay develops between the experiences lived which originates the uniqueness of each life.

Key words: parenthood, father-son relationship, mother-son relationship, early development



El tercero es también un segundo¹

Me referiré a continuación a las funciones del padre en el desarrollo del niño desde una perspectiva psicoanalítica. Tomaré como centro de la reflexión el papel del tercero. Intentaré mostrar que para que el tercero pueda actuar como tal, tiene que estar de alguna manera presente en la relación entre dos, y que lo que se genera en el interior de esta relación es lo que abre la posibilidad de un tercero que haga posible la intervención de un tercero a dicha relación. Creo, a su vez, que la perspectiva psicoanalítica debe complementarse con una perspectiva interdisciplinaria, que se abra tanto a las ciencias naturales como a las disciplinas humanísticas.

El intercambio interdisciplinario resulta enriquecedor, no solo cuando confirma nuestras hipótesis, sino, en especial, cuando nos lleva a cuestionar y repensar conceptos en función de fenómenos que antes nos pasaban desapercibidos. En ese sentido, el «trabajo de la interdisciplinariedad» es un trabajo interno de cada disciplina, que busca una mayor coherencia del conocimiento disponible. El término «consiliencia», introducido por W. Wheewel (1840) y retomado en forma más reciente por E. Wilson (1999), alude a la mayor robustez que logran las hipótesis de una disciplina cuando resultan convergentes con lo aportado por otras fuentes de conocimiento, en especial cuando estos campos de estudio son independientes entre sí.

El diálogo interdisciplinario nos obliga también a «pasar en limpio», es decir, aclarar y revisar conceptos que habitualmente expresamos en la jerga de nuestra disciplina de una forma que puede llevar a que pasemos por alto sus aspectos más problemáticos. La expresión «función paterna» utilizada en forma demasiado imprecisa o basada en sobreentendidos es uno de estos casos. Como señalan Davies y Eagle (2013), esta expresión condensa la función paterna en sí misma con la persona que desempeña tal función, y atribuye a la masculinidad funciones que pueden ser desempeñadas por individuos de distinto sexo. Por eso interesa distinguir entre sí las distintas funciones que el padre puede desempeñar.

¹ Este trabajo fue presentado en el panel titulado «La parentalidad. Tarea de uno, dos o muchos. Una perspectiva desde la biología y el psicoanálisis», en el cual participaron también los Prof. Drs. Annabel Ferreira y José Luis Díaz Rossello en el XXII Encuentro Interregional de Niños y Adolescentes de FEPAL Función paterna. Declinación. Transformaciones. (Octubre 2013.)

1. Funciones del padre: ¿Innatas e inmutables o históricamente condicionadas?

La expresión «función paterna», muy usada por el psicoanálisis francés, tiende a jerarquizar el rol del padre como un tercero que introduce entre el niño y la madre una separación o espacio de simbolización, que permite reconocer las diferencias y la ausencia, y así pasar de relaciones duales a relaciones triangulares. En lo que sigue fundamentaré que, aunque esta concepción contiene muchos aspectos válidos, resulta, sin embargo, extremadamente estrecha para dar cuenta de la complejidad de lo que ocurre entre el niño, el padre y la madre, y de las funciones que estos últimos desempeñan hacia el hijo.

Cuando observamos las múltiples situaciones individuales, los cambios que se producen a través de la historia y los contextos socioculturales en los que se desarrolla el niño, nos sorprende la variabilidad de los roles desempeñados por el padre en relación con el niño y con la madre. Los nuevos recursos tecnológicos han complejizado en forma vertiginosa el problema. «Madre» reúne varias ideas que acostumbrábamos a considerar unidas. «Te he llevado en mi vientre» era inseparable de «Somos de la misma sangre» y de «Te he criado». Cada vez más estos términos tienden a disociarse y es necesario comprender que la madre genética, la madre gestacional y la madre de crianza pueden no coincidir en la misma persona. Como en el juicio de Salomón, la pregunta difícil se plantea cuando es necesario responder quién, en estos casos, tiene derecho al niño. Siguiendo el ejemplo de Salomón, es necesario reconocer que madre es, en sentido biológico, no solo la que aporta el material genético y da la vida, sino esencialmente aquella que posibilita el crecimiento y desarrollo humano del niño. La situación del padre no es menos compleja, y si consultamos Wikipedia vamos a encontrar más de 20 categorías que definen diferentes formas de paternidad. Tampoco es sencilla la conceptualización de los trazos esenciales de la familia. Incluso, cuando decimos: «Familia clásica», ¿a qué nos estamos refiriendo? ¿A la familia victoriana? ¿A cuál? ¿Por ejemplo a la de Dora, la paciente de Freud? ¿A qué tiempo y en qué cultura? Existen familias monoparentales, homoparentales, polígamas, comunitarias... En este punto conviene dejar la palabra a la antropología y a las ciencias sociales, pero reteniendo las múltiples y complejas cuestiones que estas situaciones despiertan.

También existen ciertas invariantes. Desde el punto de vista de la experiencia psicoanalítica, existe algo que se impone con fuerza arrolladora. Aunque las situaciones de crianza sean muy disímiles, la imagen del padre y de la madre reaparece en los análisis una y otra vez como algo que nos acompaña toda la vida y que no parece ser un mero producto cultural. Los necesitamos,

procuramos e invocamos desde el principio al final de la existencia. En el principio de la vida estamos programados para responder a ellos y cuando la existencia llega a su término nos inclinamos a rogar «a la Madre Tierra» o al «Padre Celestial» que nos acojan en su seno. ¿Qué ser humano no ha exclamado muchas veces a lo largo de su vida: «¡Madre mía!» o ha buscado la figura de un padre? Estas imágenes, en este caso de «madre» o «padre» internos, fueron conceptualizadas por Carl G. Jung y por S. Freud con el término «imago» (Jung, [1956] 1967). En «Sobre la dinámica de la transferencia» (1912), Freud dice que utiliza esta «feliz expresión de Jung» para referirse a los clichés o prototipos a los cuales se liga la libido insatisfecha y que orientan nuestra manera de percibir a los demás. Las imagos paterna o materna (o también fraterna) se enlazan a la figura del analista, dando así origen a la transferencia. Por un lado estas imagos organizan las experiencias vividas y a la vez son influenciadas por ellas, constituyendo «representaciones generalizadas de la interacción» (Stern, 1985). Pueden ser consideradas como «modelos internos operativos» en tanto estos modelos surgen de las experiencias de apego y guían las percepciones, emociones, pensamientos y expectativas de la persona ante nuevos vínculos (Bowlby, 1969); (Bowlby, 1973). Para Freud, las imagos están moldeadas por las fantasías inconcientes, tanto a nivel individual como a nivel de la especie (fantasías originarias). La ambivalencia hacia la imago paterna no surge solo de la historia individual de cada niño, sino también, para Freud, de la historia de la especie (hipótesis de la horda primitiva y la muerte del padre primordial) (Freud, 1913). Este aspecto innato está también presente en la idea de Jung de arquetipos que forman parte de un inconsciente colectivo. Aunque estas hipótesis tienen un carácter fuertemente especulativo y necesitan ser reformuladas en función de los datos actuales de la biología, la noción de imago tiene validez clínica y merece ser conservada. El ser humano nace en un estado de indefensión y necesita de padres o cuidadores no solo para su sustento físico, sino también para su desarrollo intelectual, emocional y social. Así como existe una disposición en la especie humana para cuidar a los niños y nos desespera cuando esto no se cumple, es lógico que también exista, en el niño, un dispositivo para recibir aquello que su funcionamiento mental y corporal requiere para poder desarrollarse. Desde esta perspectiva, la imago paterna o materna estarían anticipadas por el niño y se remodelarían luego de acuerdo a la experiencia vivida.

2. El padre como segundo objeto

Para que el padre pueda desempeñar el rol de un tercero es necesario, antes que nada, que se establezca un vínculo de apego adecuado con el hijo. Por esa razón denominé a esta presentación «El tercero es también un segundo».

Desde una posición afín a la de Winnicott, E. Gaddini (1976) señaló que el padre era un segundo objeto, pero agregó que podía ser considerado como el primer objeto que viene del mundo exterior. La mujer embarazada necesita compartir con su pareja su «preocupación materna primaria» y espera ser protegida frente a otras fuentes externas de preocupación. El rol del padre comienza allí, pues puede influir en la actitud de la madre cuando el niño aún está en su interior. Mientras el padre es el primer objeto que viene del exterior, la madre, para Gaddini, aparece a partir de procesos de diferenciación entre madre y niño, lo que hace que de alguna manera provenga del interior. Las relaciones triangulares no se pueden establecer hasta que estos procesos de diferenciación avancen y se consoliden. Si la madre no puede relacionarse adecuadamente «desde adentro» con el niño y no se da el proceso esperado de diferenciación, puede ocurrir que el padre u otras figuras del entorno tengan que desempeñar todas las funciones maternas. Si esta situación se vuelve rígida y permanente, puede dificultar el desarrollo del niño.

Se ha comprobado que el apego del niño al padre es relativamente independiente del apego a la madre (Fox, Kimmerly, & Schafer, 1991, citado por Target & Fonagy, 2002). También se ha encontrado que el apego del niño al padre predice el comportamiento escolar y las interacciones con los padres (Target & Fonagy, 2002: 54, y Suess, Grossmann, & Sroufe, 1992, citado por Target y Fonagy 2002: 54).

El niño tiene múltiples relacionamientos que influyen en sus modelos internos. Muchas veces las funciones que un padre no desempeña son atendidas por otras figuras del entorno del niño. Pero, ¿hasta dónde gravita el sexo de los cuidadores? Más concretamente: ¿qué cambia cuando se trata de una familia homoparental? Este es un punto que requiere más investigación empírica que respuestas de carácter especulativo.

3. El padre como tercero edípico

Para Freud, el complejo de Edipo es central en el desarrollo del psiquismo del niño. En él se ponen en juego fuerzas pulsionales básicas relacionadas con la sexualidad y la agresión: incesto, parricidio, castración. Su desenlace lleva al niño a nuevas identificaciones y a internalizar sistemas de normas, prohibiciones y valores, que dan sus características al superyó.

Autores posteriores a Freud reformularon, en mayor o menor grado, las características centrales de la configuración edípica. El pensamiento francés, influido por J. Lacan, insistió en los aspectos estructurales y jerarquizó la necesidad de una función paterna que permita al niño tener un lugar propio, evitando ser el objeto de un deseo de completud materno (función del *non-*

nom du père, al decir de Lacan). En forma similar, M. Fain y Braunschweig (1975) se refirieron a la «la censura del amante», es decir, a la intervención del padre que restituye la pareja parental llevando a que la mujer, que experimenta su cuerpo de madre, recupere también su cuerpo erótico como mujer. Pero que el padre pueda cumplir su papel de tal no depende solo de él, sino también de la historia y de la fantasmática inconsciente de la madre. Es necesario cuidar que la función del padre no se convierta en una defensa del patriarcado, y reconocer que la madre juega una función simbólica por derecho propio, como lo señala Glocer de Fiorini.

Otras corrientes psicoanalíticas sostienen que el comienzo del Edipo se produce muy temprano a partir de las fantasías del niño sobre la escena primaria y sobre la forma en la que el padre puede estar presente en el interior del cuerpo materno. Sin embargo, como señalan, con razón, Target y Fonagy (2002) para poder entender, desde la perspectiva de una teoría de la mente, lo que implica el deseo por la madre y relacionarlo con el castigo del padre que esto podría provocar, es necesario un desarrollo de la capacidad de mentalización que no se da antes del cuarto o quinto año de vida.

El complejo de Edipo puede organizarse en torno a imagos que no necesariamente coinciden con las características de los padres reales. De hecho, Edipo, de acuerdo a la tragedia de Sófocles, no mató al padre y a la madre que habían sido el objeto de su deseo y odio infantil, sino al padre y la madre genéticos, a quienes no había llegado a conocer. Tampoco incesto y parricidio son los disparadores del drama de Edipo, pues, como su nombre lo delata, él había sobrevivido al intento inicial de filicidio. Pero si bien fantasías edípicas y realidad pueden no coincidir, distintas observaciones tienden a señalar el importante papel que desempeña la historia familiar, y muchas veces los aspectos más ocultos o negados de ella.

También en este punto se plantea la pregunta sobre cómo puede darse la conflictiva edípica cuando ambos padres son del mismo sexo. ¿Son de igual naturaleza, en estos casos, los procesos relacionados con la estructuración psíquica del niño y el desarrollo de su identidad de género? Al igual que en el punto anterior, la respuesta solo puede surgir de la investigación empírica. Hasta el momento las investigaciones no han puesto de manifiesto la aparición de trastornos que desaconsejen la adopción por este tipo de familias, pero conviene dejar abierta la cuestión a nuevas investigaciones y estudios de seguimiento más prolongados. De confirmarse que la homoparentalidad no se asocia a trastornos significativos del desarrollo, la teoría psicoanalítica del Edipo debe hacer frente a una serie de interrogantes y cuestionamientos que no parecen ser fáciles de responder.

4. El tercero simbólico

Hasta aquí he relacionado la triangularidad con la aparición de un tercero con roles diferenciados. Pero la experiencia psicoanalítica condujo a pensar que la aparición de un tercero puede ser generada en el interior mismo de la relación entre dos personas. En la tradición psicoanalítica del Río de la Plata, Pichon-Rivière y sus continuadores, W. y M. Baranger, consideraban que el campo analítico era bicorporal pero multipersonal, o sea que aun cuando físicamente solo estuvieran presentes el paciente y el analista, el espacio de la sesión estaba poblado de múltiples figuras que emergían de la historia del paciente y de la relación transferencial-contratransferencial con el analista.

La expresión «tercero analítico» se volvió frecuente a partir de los trabajos de Ogden (Ogden, 1994: 4), quien denominó con ese nombre a una formación intersubjetiva que surge de la relación dialéctica única que se da entre dos subjetividades separadas, la del paciente y del analista. Como sostiene Ogden, este carácter dialéctico y paradójico del vínculo se encuentra en perspectivas como las de Freud, Klein o Winnicott, aunque no en la de Lacan, quien aborda este tema desde otra distinta (Ogden, 1992). En Freud se trata de un sujeto en el que se dan varias contraposiciones dialécticas: lo consciente y lo inconsciente, la presencia y la ausencia, y la generada por el lenguaje. Estas dialécticas hacen que seamos y no seamos nosotros mismos, y que no podamos reconocernos totalmente en lo que producimos. Se abre entonces un espacio (un «tercero») que está más allá de nosotros mismos. También en M. Klein, en el interjuego de las posiciones esquizoparanoide y depresiva, se pone de manifiesto una dialéctica entre los procesos de escisión e integración del sujeto y sus vínculos, de la cual la identificación proyectiva da testimonio. Más claramente en Winnicott esta dialéctica entre unión y separación aparece en la preocupación materna primaria, en la relación de espejamiento, y con más fuerza en el objeto transicional y en la creación y destrucción del objeto. El sujeto no puede crearse a sí mismo. La subjetividad requiere experiencias de formas específicas de intersubjetividad, y el niño necesita apropiarse de ese espacio intersubjetivo para poder desarrollar la dialéctica de lo que soy o no soy yo, de yo y tú, de la conciencia y el inconsciente.

Ogden relaciona sus ideas con la concepción de Green de un «objeto analítico» (Green, 1975). Green considera que una lectura en términos duales de los fenómenos analíticos no capta la esencia de lo psíquico, la cual requiere un tercer elemento, que vuelve esencial la dimensión metafórica (Green, 2004). En el trabajo analítico existen elementos que no pertenecen al analista ni al paciente en cuanto tal, sino que surgen de su relación. Tales son el encuadre, los procesos terciarios que ligan proceso primario y el secundario. La inter-

pretación misma supone un elemento de terceridad para cuya comprensión Green se apoya en Pierce.

Estos trabajos están focalizados en la relación entre analista y paciente. Pero hay razones para pensar que esta dialéctica intersubjetiva forma parte de todos los vínculos. En la relación entre dos personas inevitablemente se genera algo que es a la vez común y diferente a cada uno de los dos participantes. Si bien la relación triangular entre niño, madre y padre puede favorecer su desarrollo, este espacio intersubjetivo y simbólico está también presente en el interior de las relaciones diádicas del niño con cada uno de sus padres o cuidadores. Este elemento de terceridad hace posible el reconocimiento de la mente del otro y permite que lo que ocurre entre los dos no pertenezca a ninguno de ellos, sino al vínculo entre ambos. Pensemos en la importancia de que el niño perciba que ninguno de sus padres es dueño de su mente, ni de la relación y su significado, sino que ella se genera entre ambos y, en cierto modo, más allá –o más acá– de ellos. Esto vale tanto para el vínculo entre paciente y analista como para la relación entre niño, madre y padre. En todos ellos debe existir la potencialidad de un espacio intersubjetivo. En ese sentido, así como el padre en cuanto «tercero» es también un segundo, puede decirse en forma complementaria que este segundo objeto, al igual que el primer objeto (la madre), implican necesariamente un «tercero». Esta función de «tercero» no depende primariamente del sexo del otro ni de que esté en una relación triangular, sino de la forma en la que cada uno es reconocido. Las relaciones deben permitir un movimiento entre el niño y el padre o la madre y entre los padres entre sí, que deje abierta la posibilidad de esta dialéctica más allá de cada uno.

Berenstein y Puget (1997) (2004) han insistido en la importancia del reconocimiento de la alteridad del otro, que abre las puertas a lo nuevo que puede acontecer en la relación. Es interesante recordar que Freud, en el Proyecto, (Freud, [1985] 1950) distinguió en el «complejo del prójimo» o «semejante» la existencia de dos partes: una que puede ser asimilada a la experiencia con el propio cuerpo y otra que permanece no comprendida, como «cosa («Ding») del mundo» (p.373 y 376). Dicho en otros términos, podemos tener nuestras propias ideas del otro, pero su realidad última escapa a la relación y a lo que podemos pensar, desear o imaginar de él. Este respeto al otro, que opera en el interior de los vínculos de apego y luego de las relaciones triangulares, debe estar presente en la posición subjetiva de los padres hacia el niño y entre sí, y será luego necesaria para que el niño pueda comprender la relación con sus padres. Como sugiere C. Hanly (2004: 287), todo esto se puede decir en forma más simple reconociendo que una diada está formada por dos personas con identidades, necesidades, personalidades y motivaciones relacionadas, pero a la vez separadas. En mi opinión, esto vale tanto para paciente y analista como para el niño en el desarrollo con sus padres.

Como vemos, la posibilidad de un espacio «tercero» que posibilita el pensamiento, la simbolización y el reconocimiento del otro va mucho más allá de la intervención del padre separando la díada madre-hijo. Debe estar en realidad operante desde el principio de los vínculos en la estructura psíquica de los padres e irse afianzando a lo largo del desarrollo.

La discusión sobre el papel del padre y la madre en el desarrollo del niño nos llevó a la conclusión de que una función importante de los vínculos tempranos era que el niño pudiera desarrollar a su vez un sólido sentido de sí mismo (*self*) y de la relación con los otros. Estas dos dimensiones son clave en la comprensión psicopatológica actual y en sistemas diagnósticos, tales como el modelo alternativo de trastornos de la personalidad DSM-5 (American Psychiatric Association, 2013) o el Manual de Diagnóstico Operacionalizado (OPD-2, 2008). El desarrollo debe llevar a que se adquiera un sentido de identidad del *self* capaz de dar metas a la vida, y al mismo tiempo generar relaciones en las que exista capacidad de empatía e intimidad. Como dicen Luyten & Blatt (2011), estas perspectivas dimensionales marcan el comienzo de una nueva época en el diagnóstico psiquiátrico y psicológico que puede traer cambios radicales en la conceptualización, clasificación y tratamiento de trastornos mentales. Consideran también que pensar el desarrollo de la personalidad y de la psicopatología desde la doble perspectiva del *self* y del dominio interpersonal llevará a una creciente convergencia con el campo neurobiológico y psicosocial.

Podemos, en resumen, decir que las experiencias del niño con sus padres se orientan en dos polos, uno de ellos en torno a las imagos paternas y a las fantasías originarias, que son como esquemas o predisposiciones innatas, y otro polo, que acoge la novedad y alteridad de la relación con los padres reales y se modifica de acuerdo a los sucesos acontecidos. Entre ambos polos se desarrolla el interjuego entre las experiencias vividas que da su carácter singular al desarrollo de la identidad del niño y a sus relaciones con los otros.

Bibliografía

- American Psychiatric Association. (2013). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, 5th Edition: DSM-5*. American Psychiatric Association.
- Berenstein, I. (2004). *Devenir otro con otro(s). Ajenidad, presencia, interferencia*. Buenos Aires, Paidós.
- Berenstein, I., & Puget, J. (1997). *Lo vincular. Teoría y clínica psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment* (Vol. 1. Attachment). New York, Basic Books.
- (1973). *Separation: Anxiety and Anger* (Vol. 2 Attachment and Loss). New York, Basic Books.
- Davies, N., & Eagle, G. (2013). «Conceptualizing the Paternal Function: Maleness, Masculinity, or Thirdness?». *Contemporary Psychoanalysis*(49), 559-585.
- Fain, M., & Braunschweig, D. (1975). *La Nuit, le Jour. Essai psychanalytique sur le fonctionnement mental*. Presses Universitaires de France.
- Fox, N. A., Kimmerly, N. L., & Schafer, W. D. (1991). «Attachment to mother/ attachment to father. A meta-analysis». *Child Development*, 62, pp. 210-225.
- Freud, S. (1912). *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (Vol. XII). Buenos Aires, Amorrortu.
- (1913). *Tótem y Tabú* (Vol. XIII). Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. ([1985] 1950). *Proyecto de Psicología* (Vol. I). Buenos Aires, Amorrortu.
- Gadini, E. (1976). «Discussion of The Role of Family Life in Child Development. On Father Formation in Early Child Development». *Int. J. Psycho-Anal*, 57, pp. 397-401.
- Green, A. (1975). «The analyst, symbolization and absence in the analytic setting (on changes in analytic practice and analytic experience)». *Int.J.Psychoanal*, 56, pp. 1-22.
- (2004). «Thirdness and Psychoanalytic Concepts». *Psychoanalytic Quarterly*, 73, pp. 99-135.
- Glocer de Fiorini, L. (2013). «Deconstruyendo el concepto de función paterna. Un paradigma interpelado». *Revista de Psicoanálisis*, 70(4), pp. 671-681.
- Hanly, C. M. (2004). «The Third: A Brief Historical Analysis of an Idea». *Psychoanalytic Quarterly*, 73, pp. 267-290.
- Jung, C. G. ([1956] 1967). *Symbols of Transformation, Collected Works*. (Vol. 5). New Jersey, Princeton University Press.
- Luyten, P., & Blatt, S. J. (2011). «Integrating theory-driven and empirically-derived models of personality development and psychopathology: A proposal for DSM V». *Clinical Psychology Review*, 31, pp. 52-68.
- Ogden, T. H. (1992). «The Dialectically Constituted/decentred Subject of Psychoanalysis. II. the Contributions of Klein and Winnicott». *Int. J. Psycho-Anal*, 73, pp. 613-626.

- (1994). «The Analytic Third: working with Intersubjective Clinical Facts». *Int J Psychoanal*, 75, pp. 3-19.
- OPD-2. (2008). *Diagnóstico Psicodinámico Operacionalizado*. Barcelona, Herder.
- Stern, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant: A View from Psychoanalysis and Developmental Psychology*. New York, Basic Books.
- Suess, G. J., Grossmann, K., & Sroufe, L. A. (1992). «Effects of infant attachment to mother and father on quality of adaptation in preschool: From dyadic to individual organisation of self». *International Journal of Behavioural Development*, 15, pp. 43-65.
- Target, M., & Fonagy, P. (2002). «Fathers in modern psychoanalysis and in society: the role of the father and child development». *The Importance of Fathers*. London, Routledge, pp. 45-66.
- Whewell, W. (1840). *The Philosophy of the Inductive Sciences, Founded Upon Their History*. London, John W. Parker.
- Wilson, E. O. (1999). *Consilience: The unity of knowledge*. New York, Vintage Books.